

FELICES HORAS DE NIÑO: EL HUMANISMO CRÍTICO DE MENÉNDEZ PELAYO VISTO POR MARIANO BAQUERO

ANTONIO GARCÍA BERRIO
Universidad Complutense
Fundación Ortega-Marañón

RESUMEN:

Examina el autor, tras manifestar su descubrimiento adolescente de Menéndez Pelayo y la confirmación de su aprecio hacia el maestro en sus profesores de la Universidad de Murcia, los aciertos de Mariano Baquero Goyanes a través de su antología de textos sobre narrativa de Menéndez Pelayo, publicada en 1956, y en especial en el estudio introductorio que la precede para concluir destacando la virtud y condición *humana* del espíritu que Baquero exaltaba en el natural crítico de Menéndez Pelayo. En su relación con la literatura Baquero estaba construido de la misma carnadura moral, humanísima, que Menéndez Pelayo, lo que les hacía gozar a uno y otro con la imaginación literaria de las más deliciosas y felices «horas de niño».

PALABRAS CLAVES:

Menéndez Pelayo. Mariano Baquero Goyanes. Narrativa. Novela. Cervantes. El *Quijote*. Humanismo.

ABSTRACT:

After expressing his discovery as a teenager of Menéndez Pelayo and the confirmation of his fondness for his teacher among his professors at the University of Murcia, the author examines the successes of Mariano Baquero Goyanes through his anthology of texts on narrative by Menéndez Pelayo, published in 1956, and especially in the preceding introductory study to conclude highlighting the virtue and *human* condition of the spirit that Baquero praised in Menéndez Pelayo's critical nature. In his relation with literature, Baquero was built with the same moral flesh, highly human, as Menéndez Pelayo, which made both enjoy the literary imagination of the most delightful and happy «child hours».

KEY WORDS:

Menéndez Pelayo. Mariano Baquero Goyanes. Narrative. Novel. Cervantes. El *Quijote*. Humanism.

España, su historia y su literatura como pasión, tal pudiese ser el directorio más comprensivo para recorrer y apreciar la obra monumental de Menéndez Pelayo. La apoteosis sinfónica del celebrado-denostado *Epilogo* a la *Historia de los heterodoxos españoles* puede ser cuestionada, como de hecho lo ha sido, en la propiedad y exactitud histórica de algunas hipérboles, pero desde luego no por el conmovedor entusiasmo de sus contagiosos énfasis apasionados. ¿Un modelo aquel válido toda-

vía para la crítica histórica de la Literatura? A buen seguro que lo fue, absoluto, para su época: la de los Castelar y Cánovas del Castillo; y aun con todas las limitaciones de la retórica de aquel tiempo, para algunos, entre los que se encontraba Baquero Goyanes, pudiera proponerse sin límites de caducidad como modelo del sentimiento humanístico que no debe faltar, bajo ningún pretexto, en el tratamiento de la Literatura.

Si en el trabajo crítico se descuentan como caducas e impertinentes las notas de ternura apasionada, de ironía no hiriente, o de adecuada captura crítica de la poetividad en los objetos de estudio, características todas ellas que ponderó Baquero en la luminosa Introducción a su libro-antología *La novela española vista por Menéndez Pelayo* (Madrid, Ed. Nacional, 1956), la inmensa obra menendezpelayesca se vería amputada artificialmente de sus mejores rasgos de interés y de ejemplaridad recomendable. Aunque, como mínimo, le quedaría siempre la evidencia innegable de su monumentabilidad enciclopédica. Un mínimo que ridiculiza por sí solo a los osados en busca de influencia, que en estos tiempos han tratado de imponer programáticamente su desestimación de la obra de don Marcelino, como mal mostrenco. Tales iniciativas sustitutorias resultan ya ridículas cuando menos en su desproporción, al ser objetivamente la construcción historiográfica y crítica comprendida por la obra de Menéndez Pelayo una de las máximas aportaciones de la historiografía crítica del Humanismo moderno, ya no solo español –lo que se constituye en una evidencia contrastable–, sino en el conjunto total de la ciencia universitaria europea de los últimos ciento cincuenta años. Pero es que, además, continuamos siendo no pocos los que consideramos como un atractivo en absoluto impertinente la mediación de la *humanitas*, que Baquero le subrayaba avizoradamente al estilo del maestro. Un modelo de adecuación crítica a sus humanísimos objetos, cuando no absolutamente actualizable, sí desde luego aleccionadoramente enriquecedor.

Semejante al que confesaba Baquero –aquel...«amor que la siempre admirada figura de Menéndez Pelayo ha suscitado en mí desde los años estudiantiles de iniciación al conocimiento de la literatura» (pág. 2)–, mi propio menendezpelayismo se remonta, sin exageraciones ni rubores, a los primeros años de mi adolescencia. Todavía recuerdo la tribulación que me producían las recomendaciones de don Marcelino como aquella de la traducción francesa de las *Eneadas* de Plotino, si es que alguien no podía leer la obra en el original griego; cuando uno andaba por el quinto curso del antiguo bachillerato azacanedo con la elemental sintaxis griega del *Anábasis* y de la traducción del Evangelio de San Lucas. Pero a saber donde hubiese ido a parar todas aquellas bisoñeces de no haberme encontrado después con la felicidad, que sigo considerando providencial, de mis maestros en la Universidad de Murcia: el historicismo estético de Valbuena, el pidalismo atemperado en indepen-

dencia damasiana en la estilística de Muñoz Cortes, el apasionamiento histórico de tan hondas raíces menendezpelayianas de Luis Rubio, y la sensitiva perspicacia moderna con que Baquero ajustaba a los moldes de las más avanzadas metodologías críticas internacionales los regustados fondos emocionales de su humanismo histórico español.

Como se ve, no era el de Baquero por don Marcelino un ejemplo de devoción anómalo ni descontextualizado en la Universidad de Murcia, donde me formé. Me permitiré recordar como dato fiel de anécdota, la excluyente pasión menendezpelayesca del sabio latinista don Antonio Ruiz de Elvira, quien llega a especular en sus clases, con decidida ironía, sobre la cifra (elevada) de la superioridad de obra del autor de *Horacio en España*, sobre el ya por entonces universalmente reverenciado Ortega y Gasset. No siendo por cierto ese el nivel ni el sentido exacto de las preferencias de su colega-amigo don Mariano, en la amplitud de cuya vocación intelectual cabían las afecciones más tiernas por el «estremecido acento humano» en la escritura crítica universal del polígrafo santanderino, junto al rigor moderno de Ortega.

Del sincero y duradero fervor menendezpelayesco de Baquero dan las claves constantes las siguientes líneas de su prólogo, en ocasión de glosar la trascendencia histórica de la que fuera inicialmente una conferencia universitaria, pronunciada en 1905 por don Marcelino en el paraninfo de San Bernardo, con ocasión del tercer centenario del *Quijote* en su primera parte. Allí donde se concentraba el inmejorable saber de Menéndez Pelayo sobre la cuestión crucial de la formación libresco cervantina bajo el título *Cultura literaria de Cervantes y formación del «Quijote»* (la sección antológica de Baquero en páginas 160-190). Sobre la temperatura espiritual del «entusiasmo encendidamente español» del sabio humanista cántabro y su proclamada empatía amorosa con sus objetos literarios de estudio, concluía Baquero, que aquellas inspiradas páginas figuran entre las más bellas que escribió el autor. «Rebosan calor humano, entusiasmo por la belleza literaria, noble acento encendidamente español, capacidad de contagio, de transmisión de una actitud reverente y llena de amor ante el milagro de la creación literaria, ante el prodigio de una invención que se diría casi sobrehumana; hasta tal punto –concluía Baquero– las criaturas ficcionales tienen consistencia y *latido vital*» (pág. 18).

Las valoraciones sobre Menéndez Pelayo, tanto las tradicionales panegíricas como las más recientes desentendidas o francamente adversas, han explotado el *simplismo ideológico* para ensalzar o rechazar en bloque su magna obra historiográfica

y crítica sobre la cultura y la literatura de España. Pero centrados en esa parcialidad, habría que preguntarse cuánto tiene que ver con la ideología conservadora la preferencia de don Marcelino por la poesía clasicista de Fray Luis (fraile, sí, pero encarcelado por la Inquisición) sobre el genial barroquismo lírico del Góngora «de las tinieblas» (eclesiástico también, por cierto, y nunca preso por sospecha de heterodoxia). Y otro tanto sobre el superior aprecio del teatro del mal sacerdote Lope sobre la ortodoxia teológica del de Calderón. Por la vía de ese reduccionismo avieso se podría llegar pronto a establecer la relación de consanguinidad ideológica conservadora para explicar la resuelta empatía de Baquero, conservador, católico y patriota, con la monumental construcción historiográfica de Menéndez Pelayo.

Empantanarse sólo en el reduccionismo ideológico que actualmente explotan *ad nauseam* muchos con no malos réditos académicos, no es más que poner en juego por enésima vez la baraja marcada que escamotea de la partida sobre valores y calidades crítico-literarios, lo que ensalzaba Baquero dentro de *Orígenes de la novela* y las *Historias* de los Heterodoxos y de las Ideas estéticas. Lisa y llanamente, bajo el pretexto ideológico queda diluida la consideración del bello ejercicio crítico sobre la literatura y el arte; allí donde entendía Baquero, con avizoradora perspicacia, en el clasicismo de don Marcelino los mejores valores de su empatía crítica sublime. Lo avizoraba así la incomparable modernidad del joven catedrático Baquero en 1956, al ponderar la extraordinaria capacidad de acercamiento vivo en la obra cuya antología estaba componiendo. «Esto puede conseguirlo [solo] un crítico que da a sus lectores algo más que información. Solo *viviendo* (la cursiva aquí era de Baquero) realmente la obra literaria puede transmitirse la admiración, la curiosidad o la afección estética a aquellos a quienes se habla de ella. En Menéndez Pelayo todo tiene un aire *tan de primera mano*, que, en ocasiones, tenemos la sensación, la ilusión, de que la obra estudiada y comentada no ha tenido ningún lector que supiera *vivirla* hasta caer en manos de don Marcelino» (págs. 23-24).

Ese vivir en la literatura que el antólogo tanto estima en el antologizado, con sus resultados críticos de palpación estética inmediata, «tan de primera mano», encontraba sus fundamentos éticos, para Baquero, en la condición de honradez espontánea del gran historiador y crítico santanderismo. En definitiva, en una llana sinceridad sin trucos ni mezquindades; coincidencia de recia moral y limpios caracteres, que conjuntaban en profundidad: «La extraordinaria *honradez científica* del crítico [don Marcelino] nos da entonces la *seguridad y la confianza* de que en sus comentarios no hay ninguna palabra vacía...[sino que] responde a pensamientos y sentimientos vividos y expresados con la máxima sinceridad» (pág. 21). Y Baquero acudía a los ingentes fondos de erudición del sabio iniciador –aún insuperado– de la Crítica histórica española, para espigar ejemplos de mediación cordial, «plácida y

campechana». Por ejemplo, sobre el grotesco comportamiento receloso del personaje en la *Tragedia Policiana* de Sebastián Fernández: «provoca más que un efecto cómico, el de *un subrayado plácido y campechano* de aquello que, en el viejo texto, se prestaba a ello. *Sentimos la presencia del crítico*, y esto es lo que importa, no por el intrascendente comentario en sí (de Menéndez Pelayo), sino por lo que supone de *presencia viva* del comentador, de unión y dialogo de éste con el lector» (pág. 22).

Espontaneidad cordial, pues, suavizando el inigualable saber del gran científico; sinceridad *vivenciada* con amenas prontitudes críticas, ocurrencias de una aguda ironía sin hiel: «afilado e irónico pero siempre carente de acidez», lo declaraba Baquero, significando de paso su «blanda causticidad». Todo entallado en la sólida seguridad de un saber incalculable, tamizado siempre por una grata sensibilidad humana, humanista. Simpática mezcla de acompasado saber, bajo el desenfado de una «conversación burguesa», como lo ponderaba insistentemente Baquero, para quien el ameno atractivo de la severa erudición del maestro: «reside en lo que conlleva de familiaridad, de aproximación sin prejuicios y hasta con desenfado a los textos clásicos, y de aproximación sobre todo hacia el lector, con el que parece establecerse diálogo, a través de esos giros, propios casi de una conversación en una normal tertulia burguesa.»

Consciente sin embargo de los riesgos de retorsión polémica que podían suscitar las familiaridades que salpican el sabio dialogo de don Marcelino con los lectores, esforzaba Baquero, a renglón seguido, la trascendente oportunidad que el tono «válidamente humano» y hasta el sencillo buen humor del maestro le aportaban a su discurso histórico-crítico: «todo esto puede parecer trivial quizás haya quien crea que incluso atenta a la grandeza de Menéndez Pelayo, que con ello se corre el riesgo de empequeñecer burguesamente su significado y su obra, pero, ligado a la manera total que caracteriza su labor crítica e histográfica, nos hace ver cómo, entre los refuerzos o resortes, que dan a dicha manera un tono *cálidamente humano*, figura...ese *sencillo y buen humor* de don Marcelino, nunca dómine ceñudo ante la obra literaria, siempre sensible y comunicativo. Insisto en tales apreciaciones, porque creo que pueden ayudarnos a entender el *gran encanto* con que Menéndez Pelayo supo siempre narrar, resumir teorías y, sobre todo, argumentos» (pág. 23).

El afectuoso encuentro entre las sensibilidades críticas de Menéndez Pelayo y Baquero pudiera despertar, con toda probabilidad, la censura de algunos representantes del «profesionalismo» actual, más enfurruñado que serio; pero no se confunda la seguridad estrábica de quién dice conocer perfectamente las cuatro esquinas de

una encrucijada transitada por decenios, con las profundidades en la ciencia del urbanismo avizoradas por los vastos exploradores de la ciudad literaria como lo era Menéndez Pelayo. En el fondo se trata del viejo diagnóstico humanístico que distingue entre un *gaudium de cognitione* mínimo y autocomplacido con poco, y el *gaudium de veritate*, ambicioso y guiado por las potencias de la imaginación y el deseo. O bien, si se quiere, entre el empirismo positivista, elevado a nihilismo internacional en el decenio postmoderno, frente a la aproximación tradicional del idealismo, a la que servía confiada y fervorosamente Menéndez Pelayo, guiada por los cálculos instintivos del *deseo* (y aquí de Hegel a Max Scheler y a Lacan, para citar distintos). En esa perspectiva de fondo, aparece coyuntural la excusa liviana «políticamente correcto», de limitarse al pretexto de las ideologías para resistirse y menospreciar el monumental esfuerzo desplegado en su discurso histórico-crítico por Menéndez Pelayo, con el añadido –se quiera acoger o no– humanista que le elogiaba Baquero Goyanes como ingrediente no trivial.

Al respecto anterior, el estudio de Baquero no confundía lo esencial con lo accesorio, el fundamento con los aditamentos del discurso crítico. Desde el comienzo de su Introducción, y respondiendo al criterio de su selección antológica sobre las ideas menendezpelayanas acotadas al género de la novela, Baquero establece una ponderación apropiada y exacta a la extensión y la original idea pionera del sabio santanderino. Desde el primer apartado, «Concepción humanística de la novela», elogia Baquero la «concepción amplia» del maestro sobre el género moderno, referido a las letras españolas; valorando precisamente la ausencia de restricciones lingüísticas regionales (hoy nacionalismos autonómicos) que acoge tanto a Abentofail como a Raimundo Lulio: «con visión moderna y vital –decía el catedrático de literatura Baquero Goyanes– de lo que por literatura española debe entenderse» (pág. 7).

Amplitud, «compacidad y conexión» en el acarreo de los ingentes materiales histórico-literarios hispánicos nunca, ni antes ni después de él, movilizados en tal volumen e implicación recíproca al servicio de una tesis histórico-teórica. Tal, en verdad, el valor fundamental, primero y último, de la aportación de Menéndez Pelayo, como lo alcanzaba a ponderar contundentemente Baquero: «Y hay que tener en cuenta, además, que la extraordinaria erudición, el vasto e irreversible saber de Menéndez Pelayo le llevaron siempre a *defender generosamente* la materia, a no desatender ninguna observación marginal. Por eso toda su obra presenta *compacidad y conexión*, cualquiera que sea el tema tratado, esa compacidad propia del *verdadero humanismo*, que no se sabe o no quiere encerrarse en el marco estricto de una especialización, sino que, con un *impulso de universal curiosidad*, ayuda a interesarse por todo. [Así] la dimensión de *polígrafo* tantas veces empleada...viene a ser –con sabor decimonónico– un equivalente de lo que, con más bello término, podríamos llamar *humanista*.

La estimativa que de la novela española tuvo don Marcelino fue precisamente esa: la de un humanista que siempre supo ver el *carácter y existencia histórica* de tal novela en conexión con una problemática humana y nacional» (pág. 8).

Correspondiente a todos esos rasgos de monumentalidad y grandeza, la selección antológica de Baquero encontraba ejemplares adecuados no solo en el título más próximo, *Orígenes de la novela*, sino en todos los grandes momentos de la obra: en las dos *Historias*, de los Heterodoxos y de las Ideas estéticas, en los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* y hasta en la rica correspondencia privada del sabio santanderino con su paisano Pereda o su amigo-adversario Galdós. Selección ejemplar que Baquero incorporaba al índice de su Antología. «Pero, es en los *Orígenes* donde el gran maestro articuló con más método y más acopio de noticias y juicios su penetrante visión del desarrollo orgánico del género... tan clásico en su trazado y estructura que parece desafiar todo intento de continuación, como si solo la mente que lo creó pudiera haber sido capaz de dar fin a la historia de una de las más importantes modalidades de la imaginación histórica española» (pág. 9).

Aunque exterior a la perspectiva seleccionada en este análisis del libro-antología de Baquero, resulta abrumadora y evidente –de donde su obviedad para mis intereses actuales– la riqueza de datos y perfiles críticos extraída por el maduro especialista que, en 1956, era ya el joven Baquero en el dominio de la novela, desde los riquísimos arsenales histórico-literarios atesorados en la obra de don Marcelino. De tal manera, el prologo resulta un trabajo ejemplar, ágil y exhaustivo sobre las cuestiones relativas al género. Asumido por Baquero el específico enfoque de *Orígenes*, su recorrido analítico aporta indicaciones de alto valor sensible sobre los incipientes ejemplares de narración literaria del Medievo y del Renacimiento españoles. Asistimos así a revisiones tiernas sobre las ingenuas gracias tempranas de *El caballero Cifar*, como a la grandiosa densidad artística de la, para Baquero, «novela dialogada» que es la *Celestina*. O a la moderna «intimidad» de la novela sentimental castellana, en temprano vislumbre epistolar, para don Marcelino, del análisis psicológico en la novela romántica desde *La nueva Heloisa* al *Meister*.

Al cruzar la novela, el ámbito seleccionado por el joven profesor Baquero, con la incommensurable sabiduría del patriarca de nuestra erudición histografica, era obligado que el punto culminante de esa convergencia hubiera de ser el *Quijote*, «expresión de altísima poesía (Dichtung)» en la calificación compartida por ambos sobre la poeticidad como *valor* estético indiferente a la forma en prosa o verso. De las muchas referencias posibles, Baquero extrajo para su antología un solo texto de

don Marcelino, el titulado *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y formación del «Quijote»*, escrito fundamental, como ya hemos dicho, donde media tanto el tino selectivo del antólogo como el del antologizado, al abrirse paso con una precisión sintética asombrosa dentro de su inmensa erudición. En la conferencia complutense de 1905, origen del artículo seleccionado, Menéndez Pelayo había realizado una perfecta selección de *todas* las fuentes *verdaderas* de la cultura de Cervantes en el Quijote. Asordinado después, como tantos otros momentos cruciales del rigor del maestro, la crítica liberal de Américo Castro intentaría extender con puras conjeturas el monto de influencias objetivas fijado ya don Marcelino con su escrito en la Antología de Baquero.

En esta polémica cuestión de la cultura cervantina, he de remitir aquí –por brevedad– a mis propios balances sobre el tema (Ver por ejemplo, «Bisel de edades: el *Quijote* centro del canon occidental», en *Revista de Occidente*, 295 (2005), págs. 57-87, recogido después en *El centro en lo múltiple*, Barcelona Antrhopos, 2009, vol. III, págs. 575-576). En el estudio mencionado decíamos: «...ni Cervantes ni Shakespeare, dos ingenios diferentes y probablemente legos medidos con la cultura clásica de un Fray Luis o de un Sidney, podían alcanzar la voluntad consciente rupturista que sus modernizadoras actitudes llegan, consciente e involuntariamente, a granjearles. Contra las invenciones de Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, podemos argumentar con certeza que el alcalaíno estaba más familiarizado con los viajes clásicos de Eneas, o con los héroes de Heliodoro o de Aquiles Tacio, que con las corrosiones ideológicas en directo [no así en las poliantes al uso, como la de Juan de Mal Lara] de Erasmo de Rotterdam, por no decir ya de Campanella o hasta de un Telesio (que hasta exageraciones como esta llegaba a alentar la tendenciosa erudición imaginaria del primer Castro)». Sobre todo ello, francamente, no conocía yo, en el momento de escribirlo, la opinión parcialmente coincidente de mi maestro sobre la «extremosa» tesis de Castro (pág. 20).

Pero, más allá de detalles que siempre serán polémicos, como el muy importante anterior, mientras que incida desproporcionadamente el prejuicio ideológico –para no decir las ventajas políticas– sobre la objetividad crítica, lo que ponderaba el estudio de Baquero es la raíz cordial en Menéndez Pelayo bajo el estímulo del *Quijote* cervantino, que descubrimos coincidente con la más arraigada *memoria sentimental* del propio Baquero en su relación con la literatura. La clave para mí se encuentra en una confianza del maestro sobre su personalidad fuertemente sentimental, más allá de sus apariciones inmediatas de distanciada reserva. Me confiaba literalmente Baquero su «*fidelidad [ética] a la memoria infantil*», de donde, claramente, su ponderación como definitiva de una actitud muy próxima a la suya en la abierta emocionalidad crítica de don Marcelino: «Nunca fue Menéndez Pelayo rígido e inflexible en mate-

ria literaria. Por el contrario, hay una frase en su estudio *Cultura literaria de Cervantes...* que siempre me ha parecido muy significativa de la *extraordinaria calidez humana, de la ternura y vitalidad de don Marcelino*. Cuando... confiesa que – y cita literalmente a Menéndez Pelayo– “*todo hombre tiene horas de niño, y desgraciado del que no las tenga*”». Y prolongaba significativamente Baquero este detalle de empatía emocional: «No habría nunca que olvidar esa *nota tan humana* del escritor al defender y proclamar las *horas de niño de todo hombre*, porque en esa su *honda humanidad* está uno de los secretos de su penetración crítica, de su autenticidad humana, hecha no sólo de rigor, investigación y estudio, sino también de *contagiosa simpatía*, de capacidad de *vibración para captar todo lo humano*, todo lo que es *bello, amable y susceptible de hacer más grata la existencia de los hombres*, incluso a expensas de la evasión de lo real» (págs. 10-11).

El «cálido acento humano» que Baquero le descubría como relieve de fascinación –en buena medida– compartido por él mismo al sabio trabajo crítico de Menéndez Pelayo, se plasmaba incluso en «observaciones tenuemente humorísticas», que reseñaba en el apartado quinto de su Introducción, bajo el enunciado «Sentido del humor en Menéndez Pelayo». A esa luz, la humanísima timidez de Baquero elogiaba en el trabajo del maestro antologizado un continuo de rasgos de amena familiaridad, que introducen y decantan el grado de alta proximidad empática, de ternura fervorosa de don Marcelino con los objetos históricos de sus acercamientos analíticos. Todo para romper, desde los nuevas perspectivas del tiempo con las simplificaciones tópicas de determinadas «mentes simplistas» empeñadas en fijar una imagen de Menéndez Pelayo como «sabio huraño y encerrado en sí mismo, seco, solo atento al códice roído o al añejo texto vencido por el polvo y la pátina del tiempo». En lugar de eso, los atrevimientos humorísticos de don Marcelino, en la opinión de mi circunspecto maestro, aproximaba al «comportamiento siempre humano –“casi infantil” lo había reiterado en la línea anterior– del crítico frente al hecho literario» (pág. 21).

Acercarse y vivir un universo tan «humano» como el que incluye, ahora y desde siempre, la experiencia literaria demanda la más sensible humanidad del humanista. No quiero yo regatearle el tránsito por la literatura a los que cumplen en ella tareas instrumentales como la de corregir retrospectivamente erratas, o la de contar «silabas cuntadas»; aunque, eso sí, que lo hagan con la menor arrogancia que les consienta el tamaño desmesurado de su *ego*. Pero no puedo dejar de estimar, por encima de todas, la misión de quienes tienen y ejercen la capacidad de comunicarse con la entraña natural de la Literatura; esa virtud y condición *humana* del espíritu que Baquero no se cansaba de exaltar, como se ha visto, en el natural crítico de Menéndez Pelayo. Sin duda alguna, como lo descubrimos también en él ahora quie-

nes fuimos discípulos del maestro en Murcia; porque en su relación con la literatura don Mariano estaba construido de la misma carnadura moral, humanísima, que el sabio objeto de su Antología, lo que les hacía gozar a uno y otro con la imaginación literaria de las mas deliciosas y felices «horas de niño».